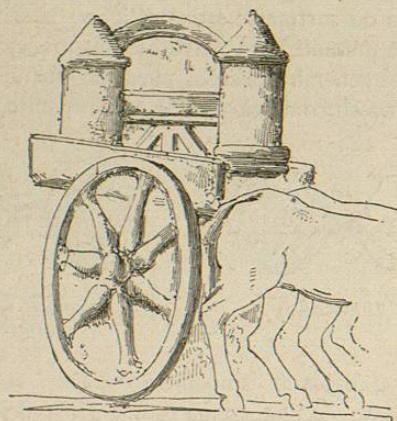
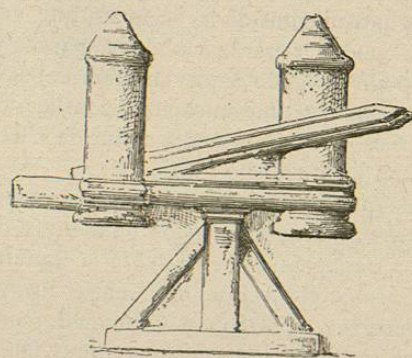


cual era una injusticia. Les reprochaba no haber abandonado el combate tan pronto como hizo tocar retirada. Pero no todos habían podido oír la señal, y las disposiciones que él había tomado revelan su intención de tomar la plaza por un rápido golpe de mano. Los veteranos habían ejecutado este plan con su bravura habitual, y siendo muy mortíferos los ataques de este género, cuando se malogran, había tenido que sufrir pérdidas sensibles. Para paliar este revés, puso César la muerte de los legionarios que cayeron al pie del *oppidum* á cuenta de la temeridad de ellos, no de la suya; vituperio que valía por un elogio, porque los soldados no se ofenden nunca de ser acusados de temerarios ó demasiado audaces, y su confianza en el general no disminuirá, porque parecía haber querido retirarlos á tiempo del peligro.



Máquina arrastrada por caballos



La misma máquina montada en tierra. (De la Columna Trajana.)

tes italianos, y de los rehenes de los remos, que permanecían fieles á la amistad romana.

Esta defección ponía al ejército en un grave peligro, encerrado como estaba en el delta que forman con su unión los ríos Loira y Allier, entonces crecidos por las lluvias, y las Cevenas, de donde ambos descienden. Allende el Allier el ejército victorioso de Vercingetorix; allende el Loira el país de los eduos sublevados; ni provisiones ni salida, porque la ciudad de *Noviodunum*, de los eduos (Nevers), donde estaban sus almacenes, sus bagajes, el tesoro del ejército y un puente por donde había pensado pasar el río, acababa de ser destruída. Con esto, muchos le aconsejaban volver á la Provincia. César pensó que si podía reunir el ejército de Labieno, se encontraría siempre en estado de abrirse de nuevo el camino de la Narbonense, con una masa de diez legiones; y luego toda su fortuna política estaba empeñada en esta guerra: si era vencido en la Galia, quedaba proscrito en Roma. Desechó, pues, todo proyecto de retirada y penetró audazmente en el Norte, dejando cien mil galos en armas entre él y la Provincia. A fuerza de inquirir y buscar, encontró luego un vado en el Loira. Los soldados tenían el agua á los sobacos; pero la caballería, colocada más arriba, rompía la corriente.

Ya á la otra orilla, corrió á marchas forzadas al país de los senones, cuya capital, *Agedincum*, encerraba los depósitos del ejército de Labieno. Este hábil jefe se movía en la misma dirección retrocediendo también ante el levantamiento de todos los pueblos del Norte.

La liga del Norte tenía por caudillo al aulenco Camulógenes, viejo guerrero, tan hábil como activo, que había llevado su cuartel general á Lutecia. Esta ciudad estaba entonces encerrada completamente en una isla del Sena, y Labieno quiso al principio alcanzarla siguiendo la orilla izquierda

Dos días seguidos ofreció César la batalla en la llanura á Vercingetorix, que se guardó muy bien de aceptarla, limitándose á hacer escaramuzas con su caballería. «Después de esto, dice el procónsul, juzgando que estaba abatida la jactancia de los galos, y reanimado el valor de los suyos,» se dirigió al país de los eduos, á fin de acercarse á Labieno, que estaba á ochenta leguas de allí y se dió prisa en poner el Allier entre él y el grande ejército galo.

Esta marcha retrógrada se asemejaba á una fuga, y así lo proclamaban donde quiera los emisarios de Vercingetorix. Los eduos creyeron que no se rehabilitaría la fortuna de César, y temiendo que la causa gala se ganara sin ellos, se decidieron á pasarse al partido nacional, llevándole como prenda de alianza, la noticia de la matanza en todas las ciudades eduanas de las levas de César, de los comercian-

del río. Detenido por los galos ante los pantanos del Esosne ó del Orge, retrocedió hasta *Melodunum* (Melun), tomó todos los barcos que encontró en el río, se apoderó de este pueblo, establecido como Lutecia en una isla del río, y pasó á la otra orilla para atacar la ciudad de los parisios por el Norte.

La plaza era de fácil acceso por esta parte y los barcos que llevaba de Melun le sirvieron para pasar el Marne, único obstáculo que pudiera detenerlo en la orilla derecha del Sena. Camulógenes temió ser forzado en la plaza y quemó la ciudad y sus dos puentes, y luego se retiró á las alturas de la orilla izquierda, cuyo punto culminante marcan hoy el Panteón y el Observatorio. Sabía que los belovacos se armaban á espaldas de Labieno, y quería obligar á este general á aceptar la batalla cortado por un gran río y envuelto por dos ejércitos.

Pero Labieno engañó su vigilancia. Mientras cinco cohortes, los bagajes y parte de los barcos remontaban el Sena con gran vocería, otras á la primera vigilia (diez de la noche) desfilaron silenciosamente hacia el *Point-du-Jour*. Los barcos las transportaron al través del gran brazo del río á las islas de Billancourt y Seguin, que sirvieron de cortina para ocultar el paso. Tres legiones reunidas en aquel abrigo pasaron rápidamente el brazo menor y descendieron de improviso á la orilla izquierda. Una violenta tempestad había condensado también las tinieblas y cubierto el ruido. En la margen sólo se encontraron algunos centinelas que cayeron prisioneros. Cuando el sol apareció, el ejército romano estaba formado en batalla en la llanura de Grenelle, desde donde, por un suave declive pudo subir á la meseta, rodeando por el llano de Montrouge la posición de Camulógenes.

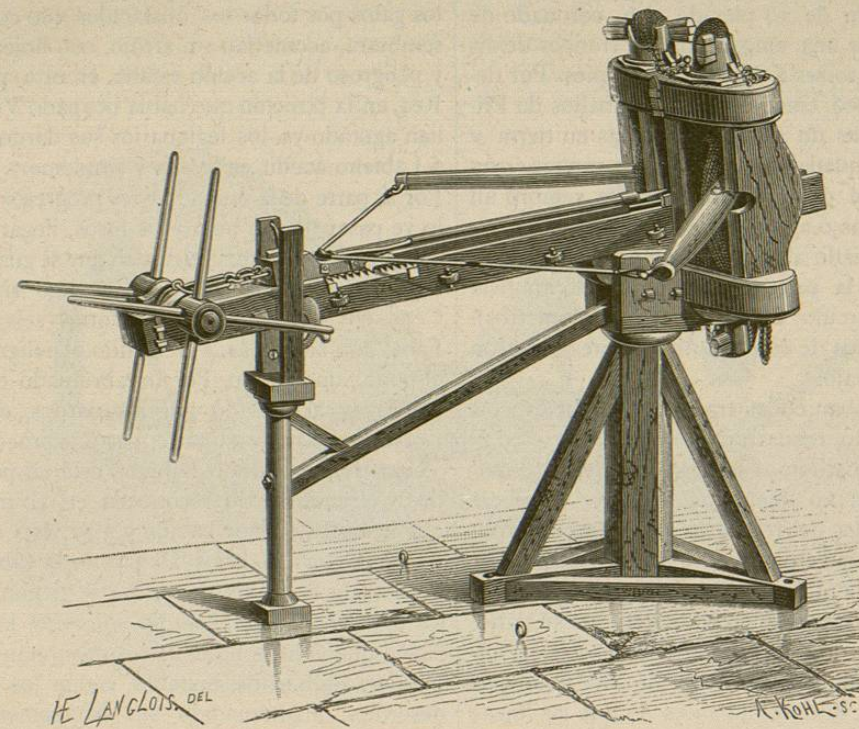
Engañado por los movimientos hechos por encima del

Sena, el viejo general había enviado en esta dirección parte de sus tropas, y con el resto procuró rechazar á los romanos hacia el río. La acción fué sangrienta: Camulógenes y casi todos sus guerreros perecieron en ella. En esta victoria, no había ganado Labieno más que su retirada, y se dió prisa á entrar en el territorio senón, adonde César había llegado ya.

Una nueva asamblea de todos los diputados de la Galia, confirmó á Vercingetorix en el mando supremo: solamente tres pueblos dejaron de estar representados en ella: los lingones, los remos y los treviro. Por mediación de ellos,

César que necesitaba caballería tomó á su servicio muchas bandas de germanos, á quienes dió los caballos de sus tribunos y caballeros. Sin embargo, pensaba ahora en operar su retirada sobre la Provincia, que Vercingetorix hacía atacar por tres puntos á la vez.

En efecto, el caudillo galo había ordenado á los eduos y á los segusiavos, clientes suyos, sublevar á los alóbroges, que permanecían fieles á Roma, y á los gábalos (Gevaudán) y á tropas arvernas devastar el territorio de los helvios (Vivarais) y á los rutenos y cadurcos (Rouergue y Quercy) invadir el país de los volkos arecómicos (bajo Lan-



Catapulta (Restauración). Museo de San Germán

guedoc). Él mismo, con quince mil jinetes y numerosa infantería, se propuso seguir á César, sin empeñar ninguna acción, cortándole los víveres, sorprendiendo á sus forrajadores é incendiando á su aproximación los pueblos y las mieses, en una palabra haciendo el vacío al rededor de él para rendirlo por hambre.

Era el plan que Vercingetorix había propuesto al principio de la guerra; plan excelente, á condición de ejecutarlo mejor que la primera vez y de evitar el encuentro que César iba á procurar con el mayor ahinco. Había marchado á lo largo de la frontera de los lingones para pasar el Saona y alcanzar la Secuania, evitando el gran foco de la insurrección, que era entonces el país eduano. Esta marcha lo conducía también al enemigo y acaso le proporcionaría la ocasión de la batalla. No se engañaba el procónsul.

Cuando Vercingetorix vió á los romanos acercarse al Saona temió que César se le escapara y volviera luego con mayores fuerzas; y así se decidió á arriesgar á lo menos un combate de caballería. En cuanto á este ejército, todas las ventajas parecían estar de su parte: quince mil jinetes escogidos, que habían hecho todos y cada uno esta solemne imprecaación:

- «Que nunca se me reciba en mi hogar doméstico;
 - »Que no vuelva á ver nunca á mi anciano padre, ni á mi mujer, ni á mis hijos,
 - »Si no atravieso dos veces á caballo el ejército de César.»
- Dos divisiones de la caballería romana fueron en efecto

acuchilladas; pero César tenía sus legiones detrás y tan cerca que los escuadrones galos no pudieron evitar el choque. César corrió los mayores peligros; estuvo en poco que no cayera prisionero y hasta dejó su espada en manos del enemigo. Por fortuna suya, una carga de jinetes germanos rechazó parte de los galos en desorden sobre su infantería, y viendo César el tumulto, arrastra sus cohortes y amenaza el flanco del ejército galo. Temiendo éste que los envuelva huye hacia su campamento; el terror los sigue en esta desordenada fuga; fuerzan á sus jefes á levantar los estandartes, á huir más todavía: los gritos de los moribundos, que la vanguardia de César degüella, aumentan el desorden y el terror y el movimiento de la huida de los galos, que no se detienen ya hasta los muros de Alesia.

Asentada Alesia en la meseta de una escarpada colina, el monte Auxois, pasaba por una de las plazas más fuertes de la Galia. En la falda de esta colina, trazó Vercingetorix un campamento para su ejército, numeroso todavía, pero no tanto como supone César, pues no podía constar ya como él afirma de ochenta mil infantes y diez mil jinetes. Lo resguardó con un foso y un muro de piedra seca, de seis pies de altura: era la misma posición que en Gergovia; sin duda contaba con el mismo éxito.

Cuando César hubo examinado la plaza y el campamento galo, concibió el audaz pensamiento de terminar de una vez la guerra, sitiando al mismo tiempo la ciudad y el ejército. Estableció su infantería en las colinas que rodean á

poca distancia el monte Auxois y su caballería en los intervalos. Después comenzó aquellos prodigiosos trabajos que hicieron la admiración del gran Condé. En primer lugar un foso de más de veinte pies de anchura y otro tanto de profundidad cortando la llanura de los laumes entre el Ose y el Ozerain, único punto por donde Vercingetorix podía salir. A 400 pies por detrás comenzaba la contravalación verdadera, que circuía el monte Auxois en un desarrollo de 11,000 pasos (16 kilómetros). Estaba formada por dos fosos de 15 pies de anchura y de 8 á 9 de profundidad; en el primero arrojó César las aguas del Ozerain y del Rabutin, desviando el curso de estos ríos; el segundo corría á lo largo de un terraplén de 12 pies de alto, coronado de almenas, protegido por una empalizada de troncos de árboles y flanqueado de torres á trechos de 80 pies. Por delante de los fosos colocó cinco hileras de caballos de Frisia (*cippi*) y ocho líneas de estacas hundidas en tierra y cuyas puntas salientes quedaban cubiertas con ramaje (*scrobes*); más cerca aún del campamento enemigo, sembró un buen espacio de abrojos ó agujones acerados (*stimuli*).

Como podía ser sitiado al mismo tiempo que sitiador, repitió estas obras por la parte del campo, cuya circunvalación alcanzaba un circuito de 14 millas (21 kilómetros). Cinco semanas y menos de sesenta mil hombres bastaron para este inmenso trabajo.

Los remos perseveraban en su traición, y los belovacos, por un orgullo insensato, rehusaron ir á confundirse en el grande ejército. «Combatiremos cuando nos plazca y por nuestra cuenta, decían; no queremos obedecer á nadie.» Sin embargo, á instancias del rey de los atrébatas, enviaron dos mil hombres. Ya los veremos venir solos á retar á César, cuando todo esté perdido.

Vercingetorix no había permanecido ocioso, por su parte: varias veces había querido estorbar los trabajos del enemigo con escaramuzas y ataques, pero sin éxito. No pudiendo mantener su caballería, la despidió antes de que las líneas estuvieran terminadas. «Puedo resistirme aquí unos treinta días, dijo á sus jinetes; pero que todas las ciudades se le vanten en masa; que no abandone la Galia al que se ha consagrado á ella y á sus ochenta mil hermanos.»

Pero aquel levantamiento en masa había dado menos un ejército que un inmenso tumulto, que tenía que vencer pronto ó disolverse, pues no podía vivir en un país agotado por las requisiciones de Vercingetorix y de César. Cuando aparecieron á vista de Alesia, habían pasado los treinta días y la carestía se hacía ya sentir en la plaza. El arverno Critognat propuso alimentarse de cadáveres; otros expulsaron de la plaza todas las bocas inútiles, y viéronse entonces multitud de mujeres, de niños y ancianos, errantes de los muros á las trincheras, implorando alternativamente la piedad del enemigo y la de sus hermanos, y luego, rechazados á flechazos, morir de hambre á vista de sus ojos.

Desde el día siguiente de su llegada, la caballería gala se derramó por la llanura. César lanzó contra ella á sus jinetes legionarios, que fueron maltratados de primeras, y los gritos de victoria se alzaban ya de la plaza y de en medio del ejército galo, cuando cargaron en masa cerrada los jinetes germanos y otra vez pusieron en fuga á los galos.

El día siguiente el ejército entero atacó las líneas exteriores y los sitiados hicieron una salida; pero los ardides ocultos en la llanura contuvieron los ímpetus de los asaltantes, mientras las máquinas que cubrían las defensas hacían caer sobre sus filas una granizada de flechas, piedras y balas de plomo, que les llevaban la muerte. Este segundo ataque fracasó también y se resolvió el tercero.

Una colina que César no había podido comprender en

la contravalación, el monte Rea, dominaba parte de las obras. El arverno Vergasivellaun, deudo de Vercingetorix, y Sedulis, jefe de los lemóvices, se trasladaron allí en secreto con sesenta mil guerreros del ejército de socorro. En cuanto Vergasivellaun vió que la caballería se desplegaba en la llanura, que la infantería se dirigía á las trincheras de circunvalación, y que Vercingetorix salía de la plaza con faginas para llenar el foso interior, descubrió sus fuerzas y atacó furiosamente.

Colocado César en una eminencia desde donde abarcaba su campamento y todo el campo de batalla, desde luego reconoció el peligro. Por la parte de la llanura, contenidos los galos por todos los obstáculos que con tanta previsión sembrara, acometían sin arrojó, con flojedad; pero lo recio y peligroso de la acción estaba en otra parte, en la colina Rea, en la posición que había ocupado Vergasivellaun. Allí, han agotado ya los legionarios sus dardos, y César manda á Labieno acudir en ayuda y sin demora con seis cohortes. Por la parte de la ciudad ve los progresos de Vercingetorix; lo ve pasar por un punto los fosos, llegar al muro y cortar con guadañas los manteletes en que se guarece el legionario. Algunos esfuerzos más y el enemigo sube á las almenas. César envía allá á Bruto con otras seis cohortes; luego á Fabio con siete más, y creciendo el peligro, él mismo corre al punto amenazado. Por fin, abrumado el enemigo por las balistas y acribillado por los dardos, es rechazado.

Tranquilo por esta parte, corre el procónsul al ataque de Vergasivellaun, donde Labieno está en peligro. Sus soldados y el enemigo lo reconocen en el manto de púrpura que lleva los días de batalla y á su vista extreman su valor y luchan con más bríos. De pronto la caballería, que había hecho salir en secreto, se lanza á rienda suelta y carga á los bárbaros por retaguardia, mientras las cohortes de refresco que él ha conducido los precipitan de las trincheras. Después de horrible matanza, ceden los galos y huyen en desorden, abandonando sus campamentos. Pero César acaba la victoria; los persigue, acuchilla su retaguardia é introduce en sus filas un terror que los dispersa á lo lejos.

Esta vez la Galia estaba vencida enteramente y para siempre. Vercingetorix lo comprendió así y su grande alma no flaqueó. Volvió á la ciudad de Alesia sin arrebato ni gárrulo dolor, á fin de cumplir un deber supremo. No había podido salvar á la Galia con su genio, y esperó poder salvar á lo menos á los que lo habían seguido, ofreciéndose á los romanos como víctima expiatoria. Al propósito reunió la asamblea y dijo:

«No emprendí esta guerra para favorecer mi fortuna, sino para salvar la libertad común. La suerte de las armas nos es contraria. He sido vuestro caudillo: satisfaced á los romanos con mi muerte, ó entregadme vivo; me es indiferente.»

La multitud estaba tan abatida que aceptó este sacrificio. Enviáronse diputados á César. El procónsul exigió que se le entregaran las armas, los jefes y el caudillo Vercingetorix. Y fué á sentarse en su tribunal por delante de sus líneas.

Las puertas de la ciudad se abrieron y un jinete salió solo: era Vercingetorix. Montado en su caballo de batalla y cubierto con su más rica armadura, llegó al galope hasta el tribunal de César, giró alrededor hasta trazar un círculo, echó luego pie á tierra, y sin una súplica, sin una palabra, con mirada serena y altiva, arrojó su casco y su espada á los pies del romano impasible y duro. Los lictores se encargaron de él. César le hizo esperar seis años la depresiva solemnidad del triunfo y la muerte (1).

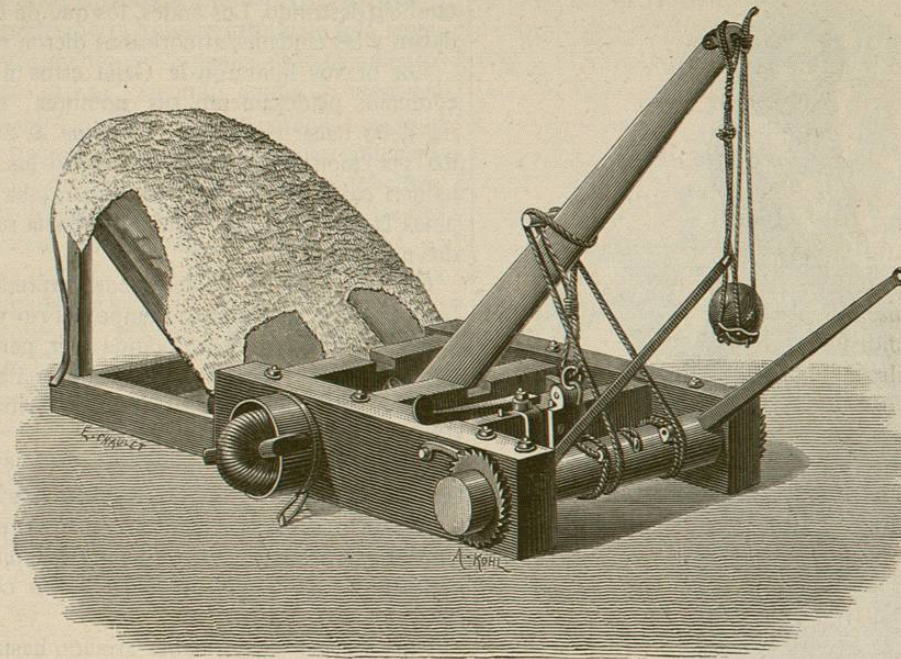
(1) Todos los jefes galos fueron á entregarse con Vercingetorix. Según Dion (XL, 41), Vercingetorix hubiera podido huir, pero con-

A la nueva de tan glorioso hecho de armas, el senado romano decretó que se dieran gracias á los dioses de Roma por espacio de veinte días de solemnes fiestas. Sin embargo, César no se atrevió á ir á invernar más allá de los Alpes y tomó sus cuarteles en Bibracte, en medio de sus legiones. Había abandonado á sus soldados los prisioneros hechos en Alesia; de modo que cada legionario tuvo un esclavo galo que vender ó de quien servirse (1).

En cuanto á César, se reservó veinte mil eduos y arvernos, que puso luego en libertad, á fin de granjearse la voluntad de estos dos pueblos. Y en efecto, los dos se le sometieron.

VIII. — OCTAVA CAMPAÑA DE CÉSAR (51). — SUMISIÓN DE LOS BELOVACOS Y DE LOS CADURCOS.

Con todo eso, la guerra no estaba terminada. Los galos del Norte y del Oeste, á excepción de los nervios, los venetos y los eburones, no habían sufrido aún sangrientas derrotas. En la campaña anterior, sus contingentes habían sido poco numerosos y las pérdidas habían recaído principalmente sobre los arvernos y los eduos. Sus fuerzas, pues, estaban íntegras, como su valor, y la experiencia les había enseñado qué género de guerra habían de hacer á las legiones: sorpresas, escaramuzas, ataques parciales; pero nada



Balista (Restauración). Museo de San Germán

de esas grandes batallas en que la táctica romana aniquilaba en un día inmensos ejércitos.

La actividad de César desconcertó este nuevo plan (2). En medio del invierno cayó sobre los bituriges, antes de que hubieran terminado sus preparativos, y llevando por todo el país el hierro y el fuego, obligó á este pueblo á huir á las naciones vecinas ante el incendio y exterminio. Después de tan cruel lección, les permitió volver á sus arruinados hogares, y para recompensar á las dos legiones que habían hecho esta expedición, en el rigor del invierno, dió á cada soldado 200 sestercios y 2,000 á cada centurión.

El centro de la Galia parecía definitivamente pacificado. Pero en aquel momento estallaba el Norte, y en primer lugar los carnutes. Este pueblo que había dado la señal de la grande insurrección, debía á su rango entre las naciones galas, combatir hasta el último día. César volvía á Bibrac-

fiando en la antigua amistad de César, se entregó al procónsul, que reprochándole haber hecho traición á su amistad, lo hizo cargar de cadenas.

(1) La venta de los esclavos era un negocio muy lucrativo. Después de la toma de Pindenisa, pequeña ciudad de la Cilicia, hubo de vender Cicerón por valor de doce millones de sestercios en el espacio de tres días, y la venta no estaba aun terminada (*ad Att.* V, 20).

(2) Para la inviernada había distribuido sus once legiones de la manera siguiente: Dos en el país de los secuanos, otras dos en el de los remos, una en cada uno de los pueblos, boyos, bituriges y rutenos, otra en Macón y Chalón, y dos que conservó consigo en Bibracte. Cada legión estaba mandada por un legado.

te, cuando supo el movimiento de los carnutes. Luego al punto volvió á partir; se estableció con dos legiones en medio de las ruinas de Cenabum y desde allí hizo batir el país con su caballería y sus auxiliares. Era una guerra de devastación y de pillaje, á la que los soldados se daban con el afán del lucro y la fiebre feroz de la matanza: parte considerable de la población hubo de perecer de frío y de miseria en el fondo de los bosques.

No bien estaba terminada esta ejecución, cuando un levantamiento general de los pueblos del N. E. lo obligó á acudir con cuatro legiones en socorro de los remos, gravemente amenazados. Oyendo Ambiorix resonar, en fin, en la Bélgica un rumor de guerra, había salido de los bosques de la Germania en que se mantenía oculto, y esta vez los belovacos se habían levantado en masa, sostenidos por los pueblos de los valles del Somme y del Escalda, ambienses y atrébatas, y por los del bajo Sena, veliocasos, caletes y aulercos eburones. El procónsul se dirigió á aquel país, pero lo encontró desierto; y cuando los encontró en el monte *Saint Marc* (?) en medio del bosque de Compiegne, su posición defendida por los pantanos era tan fuerte, que no se atrevió á atacarlos. Antes bien tuvo que precaverse él mismo contra toda sorpresa, construyendo para sus cuatro legiones, á proximidad del enemigo, una verdadera fortaleza, un campamento, cuyos muros de 12 pies de altura estaban dominados por torres de tres pisos, unidas por puentes en que los soldados combatían á cubierto; dos fosos de 15 pies de anchura precedían el muro. Muchos